

La ética del discurso teológico

Juan Stam

(Costa Rica)

Resumen

El conocido teólogo costarricense nos ofrece un artículo en el que aborda la ética del discurso teológico a partir de su propio peregrinaje y las referencias al pensamiento de Hans Küng, Karl Barth y otros teólogos. Formula críticas al fundamentalismo y su tendencia al absolutismo; enfatiza que no hay ética del discurso teológico sin un compromiso personal y corporativo con Jesucristo.

Palabras clave: ética, discurso, teología, compromiso.

Abstract

The well-known theologian born in Costa Rica, provide us an article in which he deals with ethic status of theological speech, starting with his own travelling and references to the thought of Hans Küng, Karl Barth, among others. He criticizes the fundamentalism and its tendency to absolutism; making emphasis in the fact that there is no ethic status of theological speech without being personal and corporative committed to Jesus Christ.

Keywords: ethics, speech, theology, committed.

Introducción: mi propia historia

Dicen, aunque no sé si será cierto, que nací con una Biblia en las manos. Si fue así, de una cosa estoy seguro: tendría que haber sido una Biblia Scofield. Desde niño me fascinaba el estudio bíblico, especialmente las enseñanzas proféticas. Todavía recuerdo a los elocuentes maestros que llegaban al "Pabellón Evangélico" de nuestra iglesia en Nueva Jersey – inspiradores maestros como Alva McClain, Harry Ironside, Carl Armerding y muchos más. Me encendieron una pasión por el estudio bíblico, y me inculcaron valores que todavía me orientan.

Nuestra familia era profundamente religiosa, ardientemente bíblica, pero teológicamente híbrida. Mis dos abuelas y mi abuelo materno eran de la iglesia Cristiana Reformada. Mi abuelo paterno, Peter Stam, después de una conversión dramática, pronto fundó la Misión "Estrella de Esperanza" en la calle Broadway de Paterson, Nueva Jersey, y luego ayudó a comenzar el "Tabernáculo del Evangelio" a la vuelta de nuestra casa. Si nos hubieran preguntado en ese tiempo qué éramos, hubiésemos contestado que fundamentalistas, por supuesto. Pero ahora

entiendo que éramos fundamentalistas más centrados, bíblicos, y aun un poco abiertos.¹ Durante mi niñez y juventud, el pastor del Tabernáculo era ese admirable caballero de la fe y príncipe del púlpito, Vernon Grounds, cuyo ministerio profundizó mi amor por las escrituras y la buena predicación expositiva. Por otro lado, tuve el privilegio de asistir a las escuelas de la Iglesia Cristiana Reformada, donde me enseñaron a pensar teológicamente e inyectaron una considerable dosis de calvinismo dentro de mi cabeza y mi corazón. El resultado de todo ese caldo espiritual podría llamarse, supongo, algo así como un calvinista pietista, evangelístico, y más o menos fundamentalista.

Después de graduarme de ese colegio secundario, seguí la tradición familiar y me fui para la Universidad de Wheaton en el estado de Illinois. Aun antes, gracias quizá a la diversidad de las influencias que convergían sobre mí, había comenzado a cuestionar las cosas que aparecían abajo en las páginas de mi Biblia Scofield, aunque no lo de arriba en la página, y me daba cuenta que esa mitad inferior (en ambos sentidos de la palabra) no era inspirada ni idéntica con el texto arriba de la Palabra de Dios.² En Wheaton seguí cuestionando y concluí que mis queridos mentores dispensacionistas a menudo malinterpretaban el texto bíblico, que el esquema de siete dispensaciones estaba más bien impuesto artificialmente sobre el texto, y – punto decisivo en mi conversión teológica – que la Biblia, interpretada con cuidado, no enseña el rapto pre-tribulacionista que ellos me habían enseñado con tanto énfasis e insistencia.³

Me parece ahora, mirando hacia atrás, que esa experiencia mía era algo parecido al "despertar del sueño dogmático" de que habló Emanuel Kant, en que él descubrió su vocación para el filosofar crítico y creativo. Desde ese momento en adelante, yo sabía que nada debía aceptarse sin ser examinado lo más cuidadosamente posible. ¡Y mucho menos, interpretaciones de la Palabra de Dios! En nuestro ambiente, resultaba un poco incómodo romper con el esquema dispensacionista en que todos creían. Pero el profundo respeto por las escrituras, que había heredado de la familia, la iglesia y las escuelas cristiano-reformadas, chocaba de frente con la tentación del conformismo a las opiniones prevalecientes y me obligó a "pescar en otros mares". Aprendí el valor de disentir de la opinión común, sin sentir por eso culpa ni ansiedad.

Por supuesto me doy cuenta que todo eso no era nada extraordinario. No soy el único que ha roto con Scofield, ni mucho menos. Pero se me ocurre contar ahora porque siento que esa experiencia me enseñó una de las lecciones más importantes de mi vida. Me enseñó el deber inexorable de buscar la verdad, en primer lugar y sobre todo al interpretar la palabra de Dios. Me enseñó que el teologizar es en sí no sólo un proceso intelectual sino también ético, porque conformarse con opiniones no examinadas y equivocadas no es sólo un error doctrinal sino

¹ Esa postura de "fundamentalismo ilustrado", en esa época, caracterizó también a Enrique y Susana Strachan, fundadores de la Misión Latinoamericana, que eran amigos muy cercanos de mis padres y que conocía yo desde mi niñez.

² Scofield no fue el único entre mis autores favoritos que terminaron decepcionándome: también el famoso "Compendio de la Biblia" de Halley y los forzados argumentos apoloéticos de Harry Rimmer, Joseph P. Free y otros.

³ Estoy consciente de que el dispensacionalismo ha cambiado mucho desde esa Biblia Scofield que yo casi tenía memorizada. Me interesa aquí contar el proceso de mi propio despertar teológico más que un juicio del dispensacionalismo.

también en el fondo una falla de integridad intelectual. Me enseñó el deber ético de cuestionar todo, con una mente abierta y crítica (1 Tes 5.21). En ese proceso, murió el fundamentalista y el dispensacionista, por eutanasia teológica, y nació (espero) un cristiano evangélico.⁴

Inspirado por uno de los extraordinarios maestros con los cuales Dios me ha bendecido, Cornelio Bontekoe, y profundamente apasionado por la historia, mi proyecto vital era llegar a ser historiador. Pero en mi programa de estudios en Wheaton, tuve que escribir una monografía sobre la epistemología de San Agustín. Ese encuentro con un antiguo padre de la iglesia cambió todo el rumbo de mi vida. Encontré en él una integración de corazón y cabeza, de pasión e intelecto, de espiritualidad y razón. En las semanas de esa investigación todo eso tomó posesión de mi ser entero. Me conmovía tanto que no sabía si reirme, cantar o llorar. Y antes de entregar la monografía al profesor, entregué también mi vida al Señor para entrar al ministerio y dedicarme a la teología. Supongo que soy de los pocos evangélicos a quienes Dios encaminó al ministerio por un antiguo padre eclesiástico, y quizá el único que haya llegado a la teología por medio de una tarea académica de un curso de historia. Creo que de San Agustín aprendí mucho sobre el carácter integral de la fe: intelecto, emociones y voluntad (en la clásica sicología de las tres facultades). Me enseñó que la fe no sólo se piensa sino que se vive con todo el ser. Y en San Agustín descubrí como nunca antes la belleza de la verdad. En mi encuentro con él, se encontraron la ética y la estética del quehacer teológico.

Después de lograr mi título en historia (pero ahora con cursos de griego, Biblia y teología), hice dos años en la escuela post-graduada de Wheaton para una maestría en Nuevo Testamento y de ahí estuve dos años en el Seminario Fuller en Pasadena, California (1952-1954). Los brillantes profesores de Fuller nos enseñaron muchísimo, con un programa sumamente riguroso, pero me enseñaron otra cosa que a lo mejor ni sospechaban. Esa otra cosa fue la honestidad intelectual, la integridad teológica. Aunque yo no estaba de acuerdo con todo lo que me enseñaron y a veces discrepaba de sus ideas, tuve que admirar, con pocas excepciones, su honradez. Mi mentor predilecto, George Ladd, me demostró lo que era abrirse al texto bíblico sin presupuestos clandestinos, escuchar humildemente al texto, y proclamar honesta y valientemente su mensaje. El profesor Carnell, aunque yo rechazaba algo de su teología y mucho de su apologética, me enseñó sin embargo lo que es ser totalmente transparente ante la verdad. Me impresionó que, siendo evangélico comprometido, Carnell pudo escribir un libro sobre Reinhold Niebuhr que toma en serio el pensamiento de su contrincante y se cuida escrupulosamente de no tergiversarlo. Después me emocioné con la misma transparencia en el trabajo de Paul Jewett sobre Brunner, de Bernard Ramm sobre Karl Barth, y de Gerrit Berkouwer sobre Barth y sobre el segundo concilio vaticano. Estos maestros cambiaron mi vida con su ejemplo de integridad teológica.

Pero no todos mis profesores demostraban esa misma objetividad y honestidad. Mientras George Ladd y otros nos inspiraban a escuchar fielmente al texto bíblico, nos frustrábamos con

⁴ Intencionalmente he optado por enfocar estas reflexiones sobre el estilo teológico de la tendencia que se llama "evangélica". Es necesario aclarar aquí que de ninguna manera identifico "evangélico" con su versión estadounidense del "evangelical", ni mucho menos con "conservative evangelical", sino algo mucho más grande. Se deriva históricamente de los reformadores del siglo XVI (incluso la Reforma Radical), pasando por Wesley y su movimiento de renovación de la fe, con algo también del pietismo y los avivamientos, y a veces también con algunos aportes de la teología de Karl Barth (p.ej. Bernard Ramm).

otros (que mejor dejo sin nombrar) que imponían sus esquemas sobre el texto, cosa que ya me comenzaba a parecer una deficiencia ético-hermenéutica. Y mientras Carnell demostraba hasta el sufrir el escrúpulo intelectual, uno que otro profesor se empeñaba en vendernos caricaturas de Karl Barth y otros "liberales", derivadas de complicadísimos argumentos filosóficos (al estilo de Carl van Til), sin hacer la exégesis básica del pensamiento del otro que la integridad hermenéutica exigía. En el contraste entre estos dos grupos de profesores, llegué a entender que la exégesis también es un asunto profundamente ético.⁵

A estas alturas me fue natural admirar a los profesores teológicamente honestos, y anhelar seguir su ejemplo, mientras ya me molestaba mucho la falta de honestidad (a lo mejor sin darse cuenta) de algunos que traficaban en caricaturas, membretes (todos los que pensaban distinto eran "liberales"), distorsiones y falsas acusaciones. En este proceso me di cuenta de que la exégesis de las escrituras, y la exégesis del pensamiento teológico de otros, van relacionadas y conllevan un alto componente de responsabilidad o de irresponsabilidad ética.

Después de casarme con Doris Emanuelson, venimos a Costa Rica bajo auspicios de la Misión Latinoamericana e inspirados por el ejemplo del recordado Kenneth Strachan. Kenneth fortaleció una convicción que ya crecía en nosotros, de la importancia central de la encarnación en la vida cristiana y en la misión. Después de un año de estudio del español, hacia fines de 1955 la misión nos envió a un pastorado rural en Santa Cruz de Guanacaste. Aquí tuvimos que aprender sobre todo la importancia de escuchar, de aprender de hermanos y hermanas campesinos la maravillosa cultura centroamericana y costarricense que hasta entonces ignorábamos. Recuerdo también otra impresión, que de alguna manera me hizo recordar a San Agustín – que para comunicarme con esa bella gente, no bastaba sólo la claridad de mis ideas (¡sin hablar de alguna supuesta "profundidad"! sino que eran importantes la misma persona de uno, el gozo y entusiasmo con que vive y enseña, y el poder compartir de alguna manera la luminosa belleza de la verdad que puede encantar al alma del campesino más sencillo.

En esa congregación del noroeste de Costa Rica había refugiados nicaragüenses del dictador Somoza. Pronto ganamos una amistad de confianza sincera con ellos, y comenzaron a explicarnos las dolorosas realidades de la dictadura que flagelaba a su patria. Nosotros dos, como buenos "evangélicos", nos habíamos criado como republicanos de hueso colorado, y suponíamos que el presidente Eisenhower, como republicano y por añadidura presbiteriano, debía ser un ejemplo de rectitud y justicia. Los nicas nos contaban otra historia. No era fácil aceptar severos cuestionamientos de la patria en que habíamos nacido y comenzar a dudar de los criterios patrióticos que siempre habíamos creído y que seguían creyendo casi todos nuestros compañeros misioneros. Pero nuestro compromiso con la verdad, de que hemos estado hablando, nos obligó a reconocer los hechos, y nuestro compromiso de encarnación nos motivó a identificarnos radicalmente con los sufrientes y los pobres de estas tierras.

⁵ Con esto no pretendo decir que aquellos profesores mentían ni que eran conscientemente deshonestos, sino que no demostraban la objetividad y el cuidado que exige la integridad teológica. El problema comenzaba con sus a-prioris y su metodología. Muchas veces es posible admirar la honestidad de alguien con cuyas conclusiones uno discrepa, o lamentar el descuido de otro a pesar de estar de acuerdo con sus conceptos.

Definitivamente, el discurso teológico no es cualquier discurso. Es discurso (*logos*) sobre la más grande y sublime realidad, que es Dios (*theos*). Hablar de Dios es un asunto muy serio, y a la vez muy hermoso. Por eso, el discurso teológico debe ser el más responsable, el más honesto y el más bello de todos los discursos. Pero no es siempre así, especialmente (hay que decirlo con pena) entre los que se llaman "evangélicos". Es importante hoy reafirmar con toda claridad la ética y la estética del discurso teológico.

Ningún pensamiento cristiano puede ser mejor teológicamente de lo que es ética y estéticamente. ¿Sería posible servir y glorificar a Dios en otra forma que no fuera la absoluta honestidad? ¿Sería posible proclamar la gracia de Dios, de una manera sin gracia, sin belleza, sin elegancia? La verdad es que muchos problemas teológicos son problemas de la ética y la estética del discurso; y muchas fallas teológicas nacen de fallas éticas y estéticas. Para el caso no nos referimos a fallas éticas en la vida personal o la moral del teólogo, sino de fallas éticas en su quehacer teológico, en sus actitudes y métodos, en su discurso teológico.

San Pablo nos exhorta a "examinarlo todo, retener lo bueno" (1Tes 5.17). Eso significa que como cristianos y como evangélicos tenemos que tomar con absoluta seriedad la pregunta por la verdad. Eso implica una serie de exigencias, como son: ser humildes, ser críticos, ser íntegros e intelectualmente honestos y ser valientes. ¿Ser teólogo cristiano (y evangélico) no es cualquier cosa!

La veracidad como exigencia teológica

En 1968 Hans Küng publicó su libro Wahrheit und Wahrhaftigkeit ("Verdad y Veracidad", traducido como Sinceridad y Veracidad).⁶ En ese libro el *enfant terrible* del catolicismo contemporáneo planteó una pregunta muy radical: ¿hasta qué punto puede considerarse la iglesia realmente una "zona de verdad"? Creo que esa pregunta se aplica igual, o quizás aun más, a la iglesia evangélica y su teología hoy. ¿Conforman nuestro teologizar, nuestra política eclesial, y nuestra práctica de la fe una auténtica "zona de verdad"?

Las escrituras afirman que Dios "ama la verdad en lo íntimo" (Sal 51.6). "No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad, porque en tus juicios espero", fue la oración del Salmista (Sal 119.43); "Sea mi corazón íntegro en tus estatutos" (Sal 119.80). Para los teólogos hoy, valen también las palabras de Josué, "temed a Yahvé y servidle con integridad" (Jos 24.14). Muchos evangélicos conservadores, como Carl F. H. Henry, luchan con pasión por defender la "verdad proposicional", sin darse cuenta, aparentemente, que tal concentración unilateral en lo conceptual está muy alejada del concepto bíblico de la verdad. En el hebreo, *Emeth*, el término más parecido a "verdad", significa "firmeza, confiabilidad, constancia, fidelidad, verdad"

⁶ Barcelona: Herder 1968. Los filósofos y teólogos alemanes hablan también de la *Wahrheitsfrage*, "la cuestión de la verdad", que abarca todos los aspectos epistemológicos del tema pero también los metodológicos y éticos en la búsqueda de la verdad y la autenticidad en el pensamiento y el discurso.

(Koehler-Baumgartner), un complejo semántico muy diferente al término griego, *alêtheia* ("verdad" en sentido abstracto).⁷ Eso significa que la veracidad de un teólogo o una teóloga, y de su teología, consistirá no sólo en su coherencia proposicional sino también en su honestidad y autenticidad existencial en su teologizar.

Los fundamentalistas y evangélicos conservadores han estado a la cabeza en la defensa de la "verdad absoluta", y temen que la modernidad y la posmodernidad van minando esa creencia. Tienen razón en afirmar que Dios es verdad perfecta,⁸ pero se les olvidan dos aspectos más del tema. Primero, Dios es verdad perfecta no sólo en sentido teórico, de su conocimiento y palabra (su omnisciencia: Dios conoce la verdad, y siempre dice la verdad), pero, aun más importante, Dios es verdad perfecta en su propio ser (él es verdad "existencial"; Dios es totalmente veraz y auténtico).

En segundo lugar, los defensores de la "verdad absoluta" tienden a olvidar que dicha verdad absoluta no está al alcance de ningún ser humano. Por una parte, nosotros somos finitos, criaturas, incapaces de alcanzar lo absoluto en ningún sentido. Bien dijo Calvino, *finitum non capax infiniti* (lo finito no es capaz de lo infinito). Nuestra humanidad finita no sólo limita nuestra comprensión, sino también la distorsiona. Es inevitable que nuestra particularidad humana, nuestro trasfondo personal, nuestros intereses y nuestros prejuicios ideológicos y sociales condicionan nuestras ideas. Eso nos pasa simplemente por ser humanos.

Peor todavía, somos pecadores, y ese hecho siempre afectará nuestro pensamiento y (¡qué escándalo!) nuestra teología. La teología humana nunca puede ser *theologia gloriae*; es siempre teología de pecadores. En eso estriba el sentido fundamental de la doctrina calvinista de la depravación total: no que los seres humanos sean totalmente depravados, sin ningún valor moral, sino que todo el ser humano está afectado por el pecado. Contra el catolicismo tradicional, los reformadores ubicaron el pecado no sólo en la concupiscencia sino también en la razón del pecador. Todas las teologías también, incluso "el evangelicalismo conservador", nacen con este virus epistemológico que sólo la gracia de Dios puede neutralizar, sin eliminarlo.⁹

El gran peligro de los evangélicos conservadores, su talón de Aquiles, es el de no sólo insistir en la verdad absoluta sino de comenzar a creerse dueños de ella. Entonces confunden esa verdad que sólo Dios posee, con su propio sistema teológico. Se les olvida lo que San Pablo nos recuerda, para mantenernos teológicamente humildes, que "ahora vemos por espejo, oscuramente; ahora conocemos en parte" (1 Cor 13.9,12). Si San Pablo dijo eso de su propio entendimiento, ¡cuánto más se aplica a todos los teólogos de ayer y hoy y mañana, de cualquier escuela que sean! Tuvo más razón Paul Tillich al formular su "principio protestante", que sólo Dios puede ser absoluto, y Karl Barth en identificar el primer mandamiento como el mandato

⁷ El diccionario hebreo de Alonso Schökel (Valladolid: Trotta, 1999, pp.76-77) destaca menos el contraste con el sentido griego de *alêtheia*, pero también señala con énfasis el aspecto de honradez y fidelidad en la palabra hebrea. La *Emeth*, afirma, "se opone a lo falso, ficticio, engañoso, ilegítimo" (p.76).

⁸ Por otra parte, términos como "absoluto" e "infinito" proceden de la filosofía griega y son ajenos al pensamiento y al lenguaje bíblicos. Por eso, tienden a producir confusión.

⁹ Karl Barth ha insistido en que el pecado permea también la religión humana; véase por ejemplo su ensayo de 1916, "la Torre de Babel".

fundamental para el teólogo, "no harás dioses (p.ej., teologías absolutizadas) delante de mí, dice el Señor". La exhortación juanina, "hijitos míos, cuidaos de los ídolos", debe ser un llamado urgente a los teólogos a nunca confundir sus propios balbuceos con la verdad absoluta que pertenece sólo a s Dios.

Volver absoluto, o quasi-absoluto, nuestro sistema teológico, cualquiera que sea, no sólo es una idolatría que ofende a Dios, sino que también tiene otra consecuencia nociva. En otra ponencia,¹⁰ incluida en este volumen, hacemos un breve análisis del deterioro histórico del movimiento fundamentalista norteamericano, afirmando que su dogmatismo a veces llegaba a ser una idolatría que identificaba su "verdad" con la verdad absoluta. Entonces, paradójicamente, cuando eso ocurre, el resultado suele ser un gran irrespeto y un total descuido de las verdades que podrían llamarse finitas del debate humano. Uno ya se siente por encima de la opinión de los demás, porque ya posee "la verdad". A menudo, esta desviación no permite que la teología evangélica sea realmente una zona de veracidad, aun cuando defiende con pasión la verdad absoluta.

Hace unos años fui invitado a un conocido instituto teológico en América del Sur para hablar sobre teología contemporánea. Apenas llegué, y el rector me llamó a su oficina para una conversación muy seria. Me explicó que habían tenido mucha controversia sobre la invitación que me extendieron. Algunos se oponían al estudio de teólogos que no habían nacido de nuevo; otros temían que el estudio de la teología contemporánea podría conducir al ecumenismo y aun al comunismo. Entonces, me explicó el rector, yo debía restringir el proyecto sólo a "mostrar lo malo de cada uno de ellos", porque además, agregó, "nuestros estudiantes son inmaduros y podrían confundirse con muchas ideas nuevas".

Explicué que eso no era mi método y no podía hacerlo, y que me parecía más honesto exponer lo más objetivamente posible el pensamiento de cada teólogo y después evaluarlo positiva y negativamente. Aunque eso me parecía elemental, parece que no quedaron convencidos. El segundo día, mientras yo almorzaba en la casa de un misionero norteamericano, un profesor se levantó en el comedor a advertir a los alumnos contra mis enseñanzas, porque yo era muy liberal. Más adelante, cuando nos tocó la evaluación de la teología de Karl Barth, mencioné como uno de sus valores su afirmación de la resurrección de Cristo. En seguida un profesor se levantó para decir que eso fue imposible, porque Barth era neo-ortodoxo y los neo-ortodoxos no creen en la resurrección. Cuando demostré que Barth sí enseñaba la resurrección de Jesús "física, visible y tangible", el profesor respondió que si eso era cierto, eso no debía decirse en público porque entonces la gente podría terminar creyendo otras herejías de la neo-ortodoxia. Era evidente que esa escuela de pastores no se preocupaba por ser un espacio de veracidad.

Esto ha sido especialmente notorio y vergonzoso en la crítica evangélica de la teología latinoamericana, especialmente en los Estados Unidos. En agosto de 1975, la revista evangélica Christianity Today publicó un artículo principal sobre la teología de la liberación, escrito por Rene de Visme Williamson. El artículo fue una ensalada de prejuicios y a prioris y un mosaico de las peores declaraciones extremistas que el autor pudo encontrar en esa amplia literatura,

¹⁰ "El fundamentalismo", participación en una mesa redonda en la Universidad de Costa Rica, diciembre de 2001.

tomadas fuera de contexto. Lo peor fue su ataque contra Rubén Alves por "humanista secular". Alves, en su libro *A Theology of Human Hope*, dedica un capítulo a Nietzsche, en el cual primero expone el pensamiento de Nietzsche, profusamente documentado con referencias a sus escritos, y después lo refuta contundentemente. El autor del artículo tomó las citas de Nietzsche como si fueran el pensamiento del mismo Alves, para acusarlo falsamente por lo que el mismo Alves había rechazado.

Lo que siguió fue todo un espejo de la confusión ética de uno de los mayores defensores de la "verdad absoluta". Escribí una breve "carta al editor", quien en ese momento era mi ex-profesor, Harold Lindsell, señalando ese error y también las graves consecuencias que esas falsas acusaciones podrían acarrear para Rubén Alves bajo el gobierno militar de su país. En su respuesta, Lindsell defendió el artículo sin reconocer los errores, ridiculizó a Rubén Alves irrespetuosamente, y se negó a publicar mi carta. Contesté que me parecía que la revista tenía una ineludible obligación ética de rectificar las falsas acusaciones que había lanzado, e insistí en que un artículo tan irresponsable y mediocre desacreditaba seriamente la teología evangélica. Entonces, en una carta del 21 de noviembre, Lindsell reveló sin darse cuenta, su relativismo funcional:

Hay una diferencia entre los que dicen algo falso con malicia deliberada, y los que pueden estar honestamente equivocados. Dudo mucho que el Dr. Williamson escribiera o dijera algo que tuviera malicia... Si Ud. cree que el Dr. Williamson carece de integridad y responsabilidad, entonces Ud. debe comunicarse directamente con él. Si Ud. tiene algo contra su hermano, debe resolverlo al nivel personal.¹¹

En esto su ambigüedad ante la veracidad quedó al desnudo. Si uno no tiene malas intenciones, no queda responsable de las falsedades que promulga. El hecho es que el autor, con todas sus buenas intenciones, engañó al público y cometió una grave injusticia contra un hermano en Cristo. La revista, con una vastísima circulación, publicó esas falsedades. Aun si la revista no se daba cuenta de los crasos errores y acusaciones falsas al publicar el artículo (lo que en sí sería una grave irresponsabilidad), ¿dónde está la veracidad y la "buena intención" en rehusar rectificar su previo error, una vez aclarado? ¿Dónde queda el compromiso con la verdad absoluta en estas evasivas? En toda la correspondencia, era evidente que a Lindsell, de hecho, aunque sin que él se diera cuenta, no le interesaba el problema de la verdad o la falsedad de lo que habían publicado. Muy confiado en su fe en la verdad absoluta, Lindsell no supo entrar en un debate intelectualmente honesto y responsable de argumentos humanos y finitos.¹²

¹¹ La insistencia en la "verdad absoluta" se une fácilmente con un "opinionismo barato" que no toma con seriedad la búsqueda de la verdad. En un taller de pastores en Costa Rica, cuando un maestro invitado de los EUA enseñó unas ideas absurdas y bíblicamente muy dudosas y un joven pastor cuestionó la enseñanza, todos le cayeron encima por irrespetuoso. "El hermano tiene derecho a sus opiniones", fue la respuesta a todo cuestionamiento.

¹² En su última carta de esta larga correspondencia, Lindsell confesó que parte de su razón de no publicar mi carta fue que le habían dicho que yo no creía en la inerrancia de las escrituras. Eso, por supuesto, no tenía nada que ver con su responsabilidad moral de corregir las falsas acusaciones; esa misma confesión reveló de nuevo su relativismo ético frente a la verdad. En mi respuesta le demostré que en toda mi vida he sostenido la doctrina "alta" de la

Dentro de toda la crítica evangélica contra la teología de la liberación, es difícil recordar un solo libro que fuese ejemplo de buena metodología teológica. Una crítica teológica de cualquier persona o movimiento primero se esfuerza por entender, con empatía, el significado y la intención del pensamiento del otro. Después se cuidará de exponer ese pensamiento en términos que reflejan fielmente dicho enfoque, de tal manera que los afectados se sentirán bien reflejados en el escrito. Finalmente, confrontará lo que en realidad dicen ellos, con lo que en realidad (con sería exégesis) dicen las escrituras.¹³ Es irónico que entre los valores positivos de la teología de la liberación están, en términos generales, sus aportes bíblicos, y entre las mayores deficiencias de la respuesta evangélica está la pobreza de su crítica en el nivel de la exégesis y la teología bíblica.

Una respuesta honesta a la teología de la liberación respetaría desde un principio la dignidad y el pensamiento del contrincante. El producto sería tal que se podría mostrar a cualquier teólogo de la liberación y quedaría bien impresionado con la veracidad y seriedad del trabajo teológico. No se sentiría malinterpretado ni agredido por el análisis de sus convicciones. Se esperaría aun que quedaría bien impresionado con la teología evangélica, para asimilar nuestros aportes valiosos. ¡Que lamentable que la crítica evangélica de la teología de la liberación, que hubiera podido ser un diálogo fecundo, no hizo ningún aporte significativo a la teología latinoamericana! Con dolor hay que reconocer que ese fracaso se debe a serias fallas hermenéuticas y metodológicas, que constituyen una falta de veracidad en el discurso teológico.

Esas mismas faltas éticas han abundado también en las luchas eclesiales e institucionales.¹⁴ En setiembre de 1982 se presentó ante CLAME (Comunidad Latinoamericana de Ministerios Evangélicos, órgano entonces afiliado con la Misión Latinoamericana) una moción para la expulsión del Seminario Bíblico de dicha comunidad y a la vez de la Alianza Evangélica Costarricense. Un misionero, quien anteriormente había presentado una denuncia escrita sobre la supuesta llegada de prostitutas al Seminario, ahora sometió "nueva evidencia, aun más grave" contra el Seminario. Según la acusación, la Iglesia Morava de Nicaragua había enviado a dos estudiantes al Seminario Bíblico, los cuales habían encontrado un ambiente donde tomaban, fumaban, usaban palabras groseras, hablaban mucho de política pero nada de cosas espirituales, y en toda una semana no oraban ni una vez.

inspiración verbal y plenaria de las escrituras y que esa misma convicción inspiraba mi compromiso incondicional con la verdad y mi rechazo de cualquier claudicación en asuntos de veracidad.

¹³ En una presentación para representantes del Seminario Fuller, en San José, febrero de 1982, formulé esta norma como sigue: "La ética teológica exige que seamos honestos hacia aquellos con los que discrepamos, los citemos en contexto y con empatía hacia su propio sentido e intención, y evitemos escrupulosamente la generalización irresponsable. Cada crítica debe ser comprobada con sumo cuidado en las mismas fuentes dentro del contexto total del pensamiento del referido autor, y cada crítica debe proceder desde, y debe reflejar, una percepción acertada del significado global de este movimiento teológico, en lugar de prejuicios y malentendidos básicos de la temática fundamental".

¹⁴ Cf. Plutarco Bonilla, "Crisis del protestantismo costarricense actual", *Pastoralia* Año 9. #18, julio de 1987, pp. 65-128, especialmente 73-75 y 81-84.

Cuando un miembro de la comisión investigadora me informó de esta acusación, fui al Seminario a preguntar quiénes eran los dos nicaragüenses del referido caso. ¡Resultó que por mucho tiempo no habían llegado al Seminario estudiantes de la Iglesia Morava de Nicaragua! Evidentemente los dos moravos habían llegado a alguna otra institución en Costa Rica, pero no al Seminario Bíblico.¹⁵ Sin embargo, con base en esa acusación irresponsable y otras, la Alianza Evangélica comenzó contra el Seminario un largo proceso, plagado con contradicciones éticas, que terminó en la expulsión del Seminario.¹⁶

Esta falta de veracidad entre estos mismos líderes fue aun más evidente cuando se trataba de temas políticos, y sobre todo de los sandinistas en la vecina república de Nicaragua. En mayo de 1979, *The Evangelist* (revista de la Misión Latinoamericana) reportó que los Sandinistas habían torturado y asesinado a cuatro pastores en la frontera con Costa Rica. En ese momento yo mismo pertenecía al "Comité por los derechos humanos en Nicaragua", patrocinado por la OEA, y no habíamos oído ni de uno sólo de esos cuatro supuestos asesinatos en la frontera con nuestra patria. Consulté con dos comisiones más, y tampoco tenían informes de tales asesinatos.

Escribí a la editora de la revista para pedirle más información: nombre completo de cada uno de los pastores supuestamente asesinados, su afiliación eclesial y la fecha de su muerte. ¡Pero habían publicado la noticia sin investigar esos datos mínimos! Resultó que un pastor nicaragüense, furibundo anti-sandinista, había pasado el rumor a un evangelista mexicano, quien lo publicó en su noticiario. Cuando se le pidió a ese pastor los datos básicos de los cuatro asesinatos, él tampoco sabía nada, pero respondió tranquilamente que "todo el mundo sabe que eso pasó".

Sería fácil resumir muchos otros casos parecidos, porque eran típicos, pero estos ejemplos son suficientes para demostrar que la falta de veracidad ha sido un mal endémico en amplios sectores del movimiento evangélico conservador. Los evangélicos debemos reconocer nuestros pecados teológicos y comprometernos sin reservas en superarlos y hacer de nuestra teología una zona de integridad.

Otras virtudes éticas en el discurso teológico

Otro valor ético para el discurso evangélico, aunque no lo parezca a primera vista, es una sana *criticidad*. Es cierto que la teología nace del creer, como insistieron San Agustín y San Anselmo, pero no nace de la credulidad. La teología es el proceso por el cual la fe se examina, se cuestiona, para llegar a ser una fe más pura, más madura, más coherente y robusta. Una fe no examinada, o peor, con miedo de examinarse, ¿cómo se le puede llamar fe?

¹⁵ Cuando busqué al referido misionero para aclararle su confusión, en vez de reconocer su error se enojó mucho porque alguien había divulgado su acusación, que según él era confidencial.

¹⁶ A la misma comisión de CLAME, cuando se me citó como testigo contra el Seminario, envié el siguiente memo: "Creo que CLAME tiene un problema mucho más serio que el Seminario. Es el problema moral de la falta de responsabilidad y de ética" de los enemigos del Seminario. Es el problema del frecuente irrespeto hacia la verdad, el problema de procedimientos injustos y anticristianos contra los hermanos con los que por alguna razón discrepamos. Es el problema de un nivel ético y teológico vergonzosamente bajo en estas polémicas destructivas".

Muchas veces el evangelicalismo tiende a apagar la criticidad, en dos maneras. Una es por el tradicionalismo. Damos un rango de credo incuestionable a nuestra tradición, sea calvinista, arminiana o dispensacionista. Lo que dijo Jesús de los fariseos, bien puede decirse también de muchos tradicionalistas hoy: "Vosotros invalidáis la palabra de Dios con la tradición de los hombres" (Mat 15.3-6; Mr 7.3-9). El otro factor que a menudo impide la criticidad es el autoritarismo de pastores, teólogos y la comunidad misma. El cuestionar está visto a veces como rebeldía o falta de fe; es mal recibida y levanta anticuerpos. Se favorece más bien actitudes conformistas, donde la crítica tiende a ser rechazada.

En muchas iglesias evangélicas se señala a los bereanos como modelo de estudio bíblico (Hch 17.11); a menudo la clase de adultos en la Escuela Dominical se llama "los bereanos". Pero no se fija en la actitud crítica de ellos, nada menos que ante la enseñanza del mismo apóstol Pablo. Pablo les enseñó el sábado en la sinagoga y ellos, durante la semana, con gran solicitud y seriedad, examinaban las escrituras "para ver si estas cosas eran así". Lo mismo no siempre se recibe con agrado en muchas congregaciones hoy.¹⁷

Es muy significativo que el texto elogia a los bereanos por una virtud ética: ¡la nobleza! No dice que eran más bíblicos o más estudiosos, sino más nobles. Mientras los líderes de la sinagoga en Tesalónica rechazaron de antemano la novedosa doctrina de Pablo, y terminaron recurriendo a los insultos y la violencia (como ocurre también hoy), los de Berea "eran más nobles que los que estaban en Tesalónica". Respondieron a la enseñanza, no con prejuicio y rechazo ciego, sino con una apertura constructivamente crítica.

Una sana criticidad es una obligación evangélica. "Examinadlo todo", nos manda San Pablo, y "retened lo bueno" (1 Tes 5.21). En el contexto del don de la profecía, el apóstol ordena ni rechazarlo por prejuicio (5.19-20) ni creerlo siempre con credulidad ingenua (5.21). Y si esta exhortación se aplica al don de profecía, ¡cuánto más a las opiniones de teólogos y los pronunciamientos de predicadores (sin mencionar las declaraciones, aun más dudosas, de los gobiernos y los medios de comunicación). La nobleza resumía la ética y la estética de la manera de pensar la fe entre los bereanos.

Este mandamiento de Pablo, en la primera de sus epístolas (escrita cerca de 50 d.C.), puede considerarse la carta fundamental para la teología y la hermenéutica evangélicas. El imperativo, en tiempo presente, sugiere un estado permanente de "alerta" crítica, una actitud incansablemente investigadora. Nada debe ser rechazado sin ser bien examinado, mucho menos condenado sin análisis a fondo (como a menudo se hace). Y debe examinarse con espíritu positivo, no con un fanatismo que sólo busca cuánto error pueda descubrir, sino en busca de lo bueno que debe ser retenido. Debemos aprender también de aquellos con quienes discrepamos.

¹⁷ En la mayoría de las congregaciones evangélicas, tanto de norte- como de Latinoamérica, es inaceptable cuestionar el dogma del rapto pretribulacionista, "para ver si esta cosa es así". Aunque las evidencias exegéticas contra esa enseñanza son contundentes, si alguien lo cuestiona es muy común que los demás piensen que está negando la palabra de Dios. No se abren para una crítica bíblica de su dogma.

Ser conformista pasivo es anti-evangélico. Si Saulo de Tarso y los bereanos no hubieran sido críticos, se hubieran quedado en el judaísmo. Si Lutero y Calvino hubieran sido conformistas, nunca hubiera ocurrido la Reforma evangélica. Ser evangélico es tomar con absoluta seriedad la pregunta por la verdad, y por eso "examinarlo todo", buscando lo bueno sin ser ciego a los errores y defectos de otros y de nosotros mismos. El mandamiento de San Pablo implica para nosotros a lo menos cuatro deberes: (1) debemos ser rigurosos en el análisis, (2) debemos ser humildes en nuestra auto-crítica; (3) debemos ser íntegros, intelectualmente honestos; (4) debemos ser valientes, no conformistas.

Cuando una teóloga o un predicador se expresa sobre cualquier tema, debe estar sumamente seguro de lo que dice o, por lo contrario, no decirlo. Si el tema es tangente a alguna disciplina académica, como la literatura o la historia, el predicador debe tratar de ser lo más exacto posible, tanto que cualquier especialista en su audiencia reconocería la seriedad de su exposición. A menudo los predicadores y autores evangélicos han apelado a "hechos" ficticios supuestamente históricos, sobre todo para argumentos apologeticos o alegados cumplimientos proféticos.¹⁸ Muchos predicadores explican Mateo 19.24 por apelar a una supuesta puerta de Jerusalén llamada "el ojo del camello", sin ni siquiera preguntarse si tal puerta realmente haya existido, y sin captar tampoco la simpática ironía de esta hipérbole de Jesús. Y cuántos han explicado, muy eruditamente, que nuestra palabra "sincero" viene del latín (o hasta del griego) para una vasija que no se había remendado con cera y así estaba "sin-cera", pero no se preguntan si ésa es la verdadera etimología de la palabra. Y cuando los predicadores hablan de temas científicas...¡mejor no comentar! Todos estos son terrenos muy peligrosos, verdaderos campos minados donde tenemos que andar con sumo cuidado.

Los mismos descuidos ocurren constantemente en los comentarios bíblicos. El autor dispensacionalista Evis Carballosa, en su comentario sobre Apocalipsis 17.9, argumenta que los "siete montes" no pueden referirse a la ciudad de Roma, porque los de Roma no eran "montes" sino "colinas" (*bounos* en griego, no *horos*).¹⁹ Lo declara con gran dogmatismo, clasifica de "especulación" la aplicación de la frase a la ciudad de Roma, y ridiculiza a quienes sostienen dicha interpretación. Pero entra una sospecha cuando observamos que Carballosa no cita ningún escrito griego en que las colinas de Roma se hayan llamado *bounoi*. Una investigación seria hubiera incluido ese detalle. Lo sorprendente es que los diccionarios del griego no citan ningún texto antiguo que describen las colinas de Roma como *bounoi* (como afirma Carballosa), pero sí como horê (como reza Apoc 17.9).²⁰

Es evidente que la escatología dispensacionalista de Carballosa le hizo caer en estos errores, para negar una referencia histórica hacia finales del Apocalipsis, con miras a una interpretación

¹⁸ Por eso hay que escoger cuidadosamente, y emplear muy críticamente, las fuentes que utilizamos. Manuales como el de Halley no son confiables. Para historia, literatura o ciencia, por ejemplo, vale más recurrir a los mejores textos en esos campos y no depender de fuentes "teológicas" de segunda mano.

¹⁹ *Apocalipsis: la consumación del plan de Dios* (Grand Rapids: Portavoz, 1997), pp.333-334.

²⁰ Pueden consultarse Danker, Louw y Nida, Arndt-Gingrich, Moulton y Milligan, Lidell-Scott-Jones, Spicq, Balz-Schneider y Lampe. *Bounos* era un término poco usado. Dio Casio usa *horos* frecuentemente para los montes de la ciudad de Roma. En el latín también se llamaban *montes*.

exclusivamente futurista de la bestia. Su empleo superficial del griego,²¹ por no haber investigado suficientemente y por falta de auto-criticidad, le hizo terminar engañando al lector. Su acercamiento rígido y mecánico al léxico (*horos* es siempre muy alto, *bounos* siempre tiene poca altura) traiciona la dinámica del lenguaje. De hecho, el vocablo *horos* a menudo significa una colina baja (Spicq; Louw y Nida). Y lo más lamentable es que, con basen de su argumentación tan falaz, lanza epítetos ofensivos contra otros que entienden el tema mejor que él, e incurre en una falta de humildad y de caridad cristianas.

Muy relacionada con la veracidad y la criticidad como valores metodológicos, está la *responsabilidad* en el quehacer teológico. Los teólogos dignos se hacen plenamente responsables de todas sus palabras y acciones. No tiran la piedra para después esconder la mano. No hacen juicios sin haberse informado ampliamente, para fundamentar bien sus conclusiones. Y si resulta que se han equivocado, no demoran en reconocerlo y retractarse.

En toda la polémica en torno al Seminario Bíblico en bs años 60 hasta 80, como también contra la teología de la liberación, era notoria la irresponsabilidad de los contrincantes.²² Los críticos del Seminario circulaban rumores falsos y lanzaban acusaciones sin el menor esfuerzo de comprobarlas. Si era contra el enemigo, servía para su arsenal. No daban oportunidad al acusado para defenderse, y si alguna vez sus denuncias resultaban innegablemente falsas, no las retractaban sino pasaban a nuevas denuncias. Era el círculo vicioso de la irresponsabilidad.

Una mañana en 1985 prendí la emisora evangélica en Managua y descubrí que no estaba transmitiendo. Llamé al gerente para preguntarle la causa, y me explicó que un tubo se había quemado y no podían reemplazarlo debido al bloqueo norteamericano. El día siguiente me llamó un amigo desde los Estados Unidos y me preguntó si era cierto que los Sandinistas habían clausurado la emisora. Un poco después me llegó un respetado noticiario evangélico con grandes titulares: "Sandinistas cierran emisora evangélica. Crece la ola de persecución". Escribí al editor, quien había sido mi compañero de clase en la universidad, y aclaré la confusión. Pero en vez de reconocer su irresponsabilidad en publicar información falsa, me contestó que "el problema es que Uds. [los pro-Sandinistas] no nos informan de sus puntos de vista". Al contrario, la responsabilidad era suya, de confirmar su información antes de inflarla y publicarla.

Finalmente, no se puede hablar de la ética del discurso teológico sin incluir el *compromiso*. "Por sus frutos los conoceréis" vale también para los y las teólogos y pastores. En último análisis, la prueba definitiva de nuestra ortodoxia será nuestra ortopraxia.²³ Los "cristianos alemanes" en tiempos de Hitler eran mayormente ortodoxos en su teología e interpretación bíblica, pero plenamente heréticos en su vida y acción. Es una bipolaridad dialéctica: la sana

²¹ Esa superficialidad caracteriza el uso del griego en todo el comentario de Carballosa, que puede estudiarse como un ejemplo de cómo no deben usarse los idiomas originales.

²² Eso no es para pretender que el Seminario no tuviera también errores en esa época, y muy graves, pero como institución siempre actuaba con honradez y transparencia, con una ética muy superior a la de sus críticos.

²³ Véase, en este mismo libro, "La propuesta teológica de la teología de la liberación".

doctrina es estéril sin el compromiso y la praxis, y la praxis puede resultar desorientada sin la sana doctrina. La teología y la ética se necesitan mutuamente.

No puede faltar en la ética del discurso teológico el compromiso personal y corporativo. Nuestro teologizar debe nacer de una entrega total a Dios y a Jesucristo como Señor de nuestra vida y nuestra labor teológica. Debe nacer de un profundo compromiso con las escrituras, como también con la iglesia y con América Latina.

Éstas han sido mis convicciones durante este medio siglo de vida teológica.